

[COMENTARIO SOBRE LOS SALMOS XV, XXXI, XLI.]

MONITUM SOBRE EL COMENTARIO A LOS SALMOS XV, XXXI, XLI.

Cuánto sobresalió en letras y doctrina el santo Hilario, queda suficientemente claro por los elogios con los que los antiguos escritores de la Iglesia celebraron sus méritos. Jerónimo, el gran Doctor, lo llama columna de la Iglesia. Además, lo describe como un hombre elocuentísimo y la trompeta del idioma latino contra los arrianos. En otro lugar, lo llama gran hombre y el más elocuente de su tiempo, quien por el mérito de su confesión, la diligencia de su vida y la claridad de su elocuencia, es proclamado dondequiera que se extienda el nombre romano. Y escribiendo a Leta, exhorta a su hija a que recorra sin tropiezos los libros de Hilario. Jerónimo valoraba tanto los escritos de Hilario que él mismo copió a mano su interpretación de los Salmos de David y su extenso libro sobre los Sínodos. También es alabado por Agustín, quien considera a Hilario como un defensor acérrimo de la iglesia católica contra los herejes, un venerable disputador católico y un insigne doctor de las iglesias, un hombre de no poca autoridad en el tratamiento de las escrituras y la afirmación de la fe. Después de estos doctores de gran renombre, no es necesario presentar los demás juicios sobre nuestro obispo de Poitiers, que se sabe fueron emitidos por Rufino, Sozomeno, Casiano, Casiodoro y otros.

«Por lo tanto, dice Martenius, no podemos dejar de lamentar suficientemente que muchos monumentos de tan gran Doctor hayan perecido por completo o yacen en algún lugar entregados al olvido, cubiertos de polvo. Y en la última revisión de sus obras, que Pedro Coutant, de piadosa memoria entre los nuestros, adornó, no se omitió diligencia alguna para que todo saliera a la luz, libre de errores y en su totalidad. Su labor no fue del todo en vano: pues aumentó su edición con varios tratados sobre los Salmos y respuestas apologéticas a los críticos del libro sobre los Sínodos. Sin embargo, no pocos aún permanecen ocultos.

Por lo tanto, cuando por orden de nuestros superiores emprendimos el viaje a Alemania, un hombre muy erudito nos exhortó a que, al examinar las bibliotecas, revisáramos con especial dedicación los códices de Hilario, por si acaso pudiéramos recuperar su tratado sobre Job, el prefacio sobre Mateo y las exposiciones de varios Salmos: pues estaba convencido de que el beato Doctor había expuesto el Salterio completo. Y he aquí que, al examinar los libros manuscritos del monasterio de Aquicincto, encontramos felizmente en nuestras manos un códice elegantemente escrito hace unos seiscientos años, en cuyo inicio se leía esta inscripción: En este volumen se contienen los doce libros de San Hilario de Poitiers, obispo, sobre la Trinidad contra todas las herejías, y otras obras suyas; a saber, el libro sobre los Sínodos contra todas las herejías, el libro contra Constancio, un tratado al mismo; un libro al mismo, que entregó en Constantinopla mientras aún vivía; la blasfemia de Auxencio, obispo arriano, libro contra el mismo. Sobre los Salmos. Al consultar el índice de los Salmos, cuyas exposiciones se echan de menos en las obras editadas de Hilario, encontramos en ese códice las explicaciones de los Salmos XV, XXXI y XLI, aún no publicadas; al leerlas con esmero, observamos el método de Hilario en la escritura, su estilo, la versión de la escritura antiquísima y anterior a la elaborada por Jerónimo, comúnmente citada en ellas: y no nos pareció inconveniente atribuir las a Hilario.

INTERPRETACIÓN DE LOS SALMOS XV, XXXI Y XLI DE SAN HILARIO, Que hasta ahora se ha echado de menos en las ediciones. (C,G,S)*

Tratado sobre el Salmo XV.

1. Este salmo está precedido por un título de inscripción: pero no encontramos en la historia cuál fue la inscripción del título de David. Sin embargo, reconocemos que la inscripción del título se realizó en la pasión del Señor: y no se puede negar, según la interpretación, que este salmo parece haber profetizado sobre la pasión y resurrección de Cristo, lo cual es evidente en el lugar donde dice, VERS. 10: Porque no dejarás mi alma en el infierno, ni permitirás que tu santo vea corrupción. Pues David murió y fue sepultado: pero solo la carne de Cristo no vio corrupción, ni su alma pudo ser retenida en el infierno. Por lo tanto, el salmo que habría de hablar tanto de su pasión como de su resurrección y herencia, con razón fue señalado con la inscripción del título. ¿Qué tenía la escritura del título que Pilato fijó en su cruz? Jesús, dijo, rey de los judíos. Este nombre él mismo confesó, cuando Pilato le preguntó: ¿Eres tú el rey de los judíos? (Marcos XV, 26). Para esto, dijo, he venido y para esto he nacido.

2. Pero, ¿acaso es el rey de los judíos carnales sobre el monte Sion, su monte santo? No creo que el reino dado por el Padre al Señor esté en este monte terrenal que está en Judea, ya que el Apóstol enseña sobre su reino celestial: así como muestra que la misma ciudad de Jerusalén no es la de Cristo, la cual ahora sirve con sus hijos, sino aquella que está en lo alto, nuestra madre libre, la Jerusalén celestial. Así tampoco es rey de estos judíos que están circuncidados con circuncisión hecha por mano, sino como enseñó el Apóstol, diciendo: porque no es judío el que lo es exteriormente, ni es circuncisión la que se hace en la carne, sino la circuncisión del corazón, cuya alabanza no proviene de los hombres, sino de Dios; y Jesús no es rey de estos judíos que se glorían en las obras ante los hombres, sino de aquellos cuya gloria está ante Dios por la esperanza de su gracia. Observa al Apóstol diciendo de quién es la gloria ante Dios. Pues si, dice, Abraham fue justificado por las obras, teniendo gloria ante los hombres (Rom. IV, 2); ¿por qué habría de creer en aquel que puede justificar al impío y esperar la misericordia gratuita de Dios? Tiene gloria, pero no ante Dios.

3. Por lo tanto, Cristo es el rey de los judíos, cuya gloria no proviene de los hombres, sino de Dios. De hecho, este salmo dice significativamente, VERS. 5 y 6: El Señor es la porción de mi herencia. Las cuerdas cayeron para mí en lugares muy poderosos, pues mi herencia es sumamente grande. ¿Cuál es entonces la herencia del Señor, sino aquella de la que está escrito: Pide, y te daré las naciones como herencia tuya (Sal. II, 8)? Sin embargo, los pecadores de entre las naciones creen en aquel que puede justificar al impío. Y si su gloria no proviene de los hombres, sino de Dios; también Cristo es el rey de estos judíos. Pues no es judío el que lo es exteriormente, ni la circuncisión es la que se hace abiertamente en la carne. Pero, ¿qué dice? ¿Acaso no creyeron muchos de esa circuncisión? Es cierto que creyeron, pero también ellos fueron llevados al ejemplo de las naciones, para que primero se confesaran pecadores, y así merecieran misericordia, como Pablo enseña escribiendo a los Gálatas: Si tú, dice, siendo judío, vives como gentil; ¿cómo obligas a los gentiles a judaizar? (Gal. II, 14). Nosotros, judíos por naturaleza, y no pecadores de entre las naciones, sabiendo que no se justifica toda carne por la ley. Por lo tanto, queriendo ser ganancia en Cristo, fue hallado pecador; porque Cristo vino no a llamar a los justos, sino a los pecadores. Así que también los que de la circuncisión hecha por mano creyeron, humillados a la confesión de los pecadores de las naciones, creyeron, para que todos fueran herencia de Cristo: no en aquellos que serán justificados por sus obras, sino en aquellos que son justificados por la gracia gratuita de Dios. Y esta es la inscripción del título, que él es el rey de los judíos. Por lo tanto, este salmo narra de qué judíos Cristo parece ser rey, y cuál es la razón de la inscripción del título; no de aquellos judíos que parecen serlo abiertamente, y cuya circuncisión es visible en la carne, sino más bien de aquellos judíos que son judíos en secreto, cuya circuncisión es del

corazón, cuya gloria no proviene de los hombres, sino de Dios. Veamos, por lo tanto, el texto del salmo, si se refiere a lo que hemos dicho.

4. VERS. 1. Custódi me, dice, Señor, porque en ti he confiado. Quien reclama una deuda, no espera: pues si se me debe algo, lo exijo con derecho. Pero si alguien me da por voluntad, no por obligación; de esta costumbre suya, esperaré su benevolencia. Así que este que no magnificaba la justicia por obras, sino que introducía la gracia gratuita de Dios, dijo: Custódi me, Señor, porque en ti he confiado. Diré al Señor: Tú eres mi Dios. Pues el poder del Señor está en hacer con el siervo lo que quiere, no lo que debe. Si, sin embargo, la recompensa se debe a las obras; me dará lo que debe, no lo que quiere. Pues si he trabajado, quiera o no quiera, se me debe la recompensa, y por esto se anulará la gracia de Dios, como dice el Apóstol: Porque al que trabaja, la recompensa no se le cuenta como gracia, sino como deuda; pero quien quiere ser salvado no por sus obras, sino por la gracia de Dios, como todos debemos creer; este, esperando en Dios, establecerá para sí el bien que Dios quiera, no lo que deba, y por esto dice significativamente, VERS. 2: Dije al Señor: Tú eres mi Dios. Pues el Señor nunca da gracias al siervo si hace lo que se le manda; sino que en todo esto quiere que se espere su benevolencia y gracia, como también enseña el Señor diciendo: ¿Quién de vosotros tiene un siervo arando o pastoreando? ¿Acaso cuando llega a casa le dice: pasa y siéntate a la mesa? sino que le dice: pasa y sírvenme, y después comerás. ¿Acaso el señor da gracias al siervo porque hizo lo que se le mandó? En verdad os digo que no lo hace. Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os he mandado, decid: Siervos inútiles somos: lo que debíamos hacer, hicimos (Luc. XVII, 7). Por tanto, quien reconoce tener a Dios, debe mostrar tal humildad de servicio. Pero esta confesión no es de obras, sino de fe. Así que el buen anunciador del Nuevo Testamento dice: Dije a mi Señor: Tú eres mi Dios. ¿Y qué dice después de esto?

5. Porque de mis bienes no tienes necesidad, VERS. 3. A los santos que están en la tierra. ¿Qué podría ser más consecuente que lo que dice, que sus bienes no son necesarios para los santos de la tierra, ni que esos bienes del Señor son para el uso de los habitantes santos de la tierra? Pero, ¿cuáles son los bienes de Cristo, cuáles son los bienes del Nuevo Testamento, sino los gratuitos, sino la remisión de los pecados? Estos bienes no son necesarios para los santos de la tierra. No necesitan médico los que están sanos, sino los que están enfermos (Marcos II, 17). Y propiamente llamó santos de la tierra, no del cielo, a aquellos que se justifican en sus obras; pues su alabanza es de los hombres, no de Dios: tales eran aquellos que el Señor señala, justificándose ante los hombres, quienes le reprochaban por convivir con publicanos, diciendo: No he venido a salvar a los justos, sino a los pecadores (Ibid.). Por lo tanto, la gracia gratuita y la remisión de los pecados no son necesarias para los justos; pero ciertamente para los justos que se creen justos; pues el verdaderamente justo vive por la fe. Así, estos santos no necesitan los bienes de su Hijo. Por eso dice más adelante: No reuniré sus sinagogas con mi sangre. Porque para tales no es necesaria la redención por mi sangre, quienes se consideran justos.

6. Pero, ¿por qué dice: Ellos hicieron maravillosas tus voluntades en sí mismos; VERS 4: se multiplicaron sus debilidades: después de esto se apresuraron? El Apóstol trata este pasaje de manera muy completa en Romanos, que la ley entró para que se amplificara el pecado. Donde se amplificó el pecado, allí abundó la gracia (Rom. V, 20). Pues después de que rechazaron la gracia de Dios y fueron hallados en las obras de la ley, la voluntad de Dios, que los llamaba a su gracia, se hizo maravillosa para los débiles. Por tanto, cualquiera que quiera ser salvo, debe querer ser liberado por la gracia de Dios. Así que el salmo dice bien: Ellos hicieron maravillosas tus voluntades en sí mismos; se multiplicaron sus debilidades: después de esto

se apresuraron. Pues cuando se multiplicaron las debilidades de aquellos que querían justificarse por sus obras, las voluntades de Dios, que llamaban a la fe de la gracia, se hicieron maravillosas. Por lo tanto, dice, no agregaré sus sinagogas a mi sangre: es decir, no redimiré a aquellos que no buscan la redención de mi gracia. Ni recordaré, dice, sus nombres con mis labios. Porque quien quiera ser salvo por sus obras, este no confiesa mi beneficio: y quien no me confiese ante los hombres, tampoco yo lo confesaré ante mi Padre que está en los cielos (Mat. X, 32). Y si no iba a congrega a estos tales, quedaba por mostrar a quiénes iba a recibir en herencia. Así que, en orden, añade:

7. VERS. 5. El Señor es la porción de mi herencia y de mi cáliz: tú eres quien ha guardado mi herencia. Pues si rechazaba a aquellos que se justifican por las obras, ciertamente prefería a aquellos que Dios salvaba por gracia. Por lo tanto, dice significativamente: El Señor es la porción de mi herencia. Porque cuando el Señor, por su gracia, salvó a aquellos que Él dio en herencia; verdaderamente el Señor es la porción de su herencia. Sin embargo, el Hijo mantuvo la obediencia, para no proclamar que su herencia fue adquirida con su propia sangre; sino que diría que le fue dada por Dios, para que también confesara que el Señor es la porción de su cáliz, es decir, de su pasión. Pues si las naciones fueron redimidas del pecado por la pasión del Señor, sin embargo, la misma pasión del Señor fue la voluntad del Padre, como testifica en el evangelio diciendo (como hombre habla aquel que asumió): Padre, pase de mí este cáliz: sin embargo, no lo que yo quiero, sino lo que tú (Mat. XXVI, 39). Por lo tanto, si consideras la voluntad del Señor, Él mismo confesó diciendo: si es posible, pase de mí este cáliz. Por lo tanto, la redención de las naciones no debe recibirse en la voluntad del Hijo, sino en la voluntad del Padre. Pues no lo que yo quiero, dice, sino lo que tú. Por lo tanto, esta misma gracia por la cual las naciones fueron redimidas por su muerte, el Hijo no se la asigna a sí mismo, sino al Padre. Así que afirma que el Señor es la porción tanto de su herencia como de su cáliz.

8. VERS. 6. Los cordeles, dice, cayeron para mí en los más poderosos: en verdad, mi herencia es grandísima para mí. Existía la antigua costumbre de medir los límites de las posesiones con un cordel; por eso, al hablar aquí de la porción de su herencia, dice: los cordeles cayeron para mí en los más poderosos. Recibimos testimonio de esto en el cántico de Moisés, donde está escrito: Cuando Dios dispersó a los hijos de Adán, y estableció los límites de las naciones según el número de los ángeles de Dios, y la porción del Señor fue su pueblo, Jacob, el cordel de su herencia (Deut. XXXII, 8). Y con razón, aquel que había dicho que su porción de herencia era Dios, decía que los cordeles de su posesión cayeron en los más poderosos. Pues, ¿qué son sino poderosísimos aquellos a quienes el Señor justifica, a quienes el Señor honra? ¿Quién acusará a los elegidos de Dios? ¿Dios, quien justifica? ¿Quién condenará? (Rom. VII, 33). Por lo tanto, quien decía que su herencia futura estaría en tales, con razón dice: Los cordeles cayeron para mí en los más poderosos. Pero cuando dice cayeron, que nadie lo entienda como si dijera que su herencia se hizo peor, porque todo lo que cae se hace peor; sino que usó una palabra propia y necesaria. Pues donde alguien no es elegido por mérito, allí cae como una especie de suerte de gracia; como en la elección del apóstol que fue sustituido en el lugar de Judas, está escrito que la suerte cayó sobre Matías (Hech. I, 26). Así que, porque tal herencia le tocó por suerte, no sino por la gracia del Señor, significativamente dice: Los cordeles cayeron para mí en los más poderosos: en verdad, mi herencia es grandísima para mí. Aquí habla el nuevo Adán.

9. VERS. 7. Bendeciré al Señor que me hizo entender: pues el Hijo no sabe nada, sino lo que ha visto y oído del Padre. Por lo tanto, bendice a aquel que le hizo entender. Y verdaderamente este entendimiento no es del hombre, sino de Dios. Porque, ¿quién de los

hombres, teniendo dos herencias ante sí, de las cuales una es magnífica y rica en obras, y la otra pobre y necesitada, elegiría aquella que necesita la misericordia ajena? Pero el Hijo, instruido por el Padre, prefiere la herencia de aquellos que esperan en Dios, a la de quienes se justifican por sus obras. Así dice bellamente: Bendeciré al Señor que me hizo entender: además, como en la noche me instruyeron mis riñones. ¿Qué le enseñaron sus riñones? Evidentemente, dice, le hicieron entender que es mejor esperar en el Señor que justificarse por sus propias obras. Pues, ¿no enseñaron también al mismo Señor sus riñones, como en la noche, a esperar en Dios? Porque su alma se entristeció hasta la muerte. Aprendió a esperar en Dios, y esto es lo que dice que fue instruido en este entendimiento por sus riñones, como en la noche. Y lo que sigue muestra que habla de su pasión, cuando añade:

10. VERS. 8-10. Siempre veía al Señor delante de mí, porque está a mi derecha para que no sea conmovido. Por esto se alegró mi corazón, y se regocijó mi lengua, además mi carne descansará en esperanza: porque no dejarás mi alma en el infierno, ni permitirás que tu santo vea corrupción. Y el texto aquí y el orden son claros: pero cuando menciona los riñones, y dice que como en la noche, me instruyeron; para que no parezcan más oscuros, preguntemos. Dios es llamado el escudriñador de los riñones y del corazón, en los cuales, como en dos lugares, se guardan los secretos del hombre. Pero en el corazón está el secreto del alma, y en los riñones el secreto de la carne; estas diferencias entre el hombre interior y exterior también las enseña el Apóstol cuando dice: Consiento con la ley según el hombre interior; pero veo otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi mente (Rom. VII, 12). Y en otro lugar: Así que yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios; pero con la carne a la ley del pecado (Ibid. 25). Así, nuestro Señor Jesús mismo refiere sentir una disensión similar, donde dice: El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil: porque según el hombre interior consentía con la ley del Padre, para sufrir; pero según el exterior, como él mismo testifica, temía en la carne. Por lo tanto, porque los riñones contienen los secretos de la carne que se debilitaba en el tiempo de la pasión, dice que fue instruido por sus riñones, para entender él mismo, aunque era Hijo, esperar en Dios. Lo cual también lo siente la epístola que se escribe a los Hebreos. Aunque, dice, era Hijo de Dios, aprendió obediencia por lo que padeció: y hecho perfecto, se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen (Heb. V, 8). Así, los riñones lo instruyeron para que siempre viera a Dios a su derecha para no ser movido. Ciertamente, en cuanto a la voluntad, el espíritu está dispuesto, pero la carne es débil. Y propiamente dijo que fue instruido por sus riñones como en la noche; no dijo en la noche, sino como en la noche. Pues sus sentidos no fueron completamente oscurecidos por el temor a la muerte, quien decía: Pero no lo que yo quiero, sino lo que tú (Mat. XXXVI, 39). Sin embargo, no estaba sin cierta perturbación, quien confesaba debilidad y tristeza. Pues si en otro lugar David dice: El temor de la muerte cayó sobre mí, el miedo y el temblor me invadieron, y me cubrió la oscuridad (Sal. LIV, 6); correctamente esta oscuridad que viene del temor a la muerte, que se considera mínima en el Hijo de Dios, no se llama noche, sino como noche. Por lo tanto, se dice significativamente: Aún como en la noche me instruyeron mis riñones. ¿Qué me instruyeron? Precisamente lo que sigue más adelante, para que siempre viera a Dios delante de él, porque está a su derecha para que no sea conmovido.

11. Por esto, dice, se alegró mi corazón y se regocijó mi lengua; además, mi carne también descansará en esperanza: porque no dejarás mi alma en el infierno, ni permitirás que tu santo vea corrupción. Me has hecho conocer los caminos de la vida: me llenarás de alegría con tu rostro: delicias en tu diestra. Por lo tanto, también hay alegrías en la diestra de Dios, con las cuales está lleno el Hijo. Pues tenía a Dios a su derecha. Preveía al Señor, dice, siempre delante de mí; porque está a mi derecha. Sin embargo, al ascender al cielo, él mismo fue hecho a la diestra del Padre. Preguntemos qué es la izquierda de esta diestra. En cierto lugar,

el Apóstol conoce las armas de justicia a diestra y siniestra, la gloria y la ignominia. Creo que la diestra es la forma de la justicia; pero la ignominia y la infamia son la siniestra. Sin embargo, ambas son armas de justicia. Pero para llegar a las armas de justicia de la diestra, primero hay que luchar en las siniestras. En este mundo, se debe aceptar la ignominia, la infamia, la debilidad, la necedad y otras cosas similares; para que lleguemos a la nobleza, a la gloria, a la virtud, a la sabiduría: todo lo cual recibiremos cuando lleguemos allí donde Cristo está sentado a la diestra de Dios. Somos sembrados en ignominia, para resucitar en gloria; somos sembrados en mortalidad para resucitar en eternidad. Así, nuestro Señor, sufriendo en el tiempo de la pasión las burlas de los azotes y los escupitajos, cuando era acusado como blasfemo, cuando era contado entre los ladrones, puesto en tanta ignominia e infamia, ¿qué hacía sino luchar con las armas de justicia de la siniestra? Así, entonces, puesto en la siniestra de Dios, lo preveía a su derecha, para que no se conmoviera. Pero después de que resucitó y ascendió al cielo, llegando a la diestra, a la palma de la justicia, a la gloria, a la nobleza, se llena de alegría con el rostro de Dios, y tiene delicias en su diestra. A las cuales nos exhorta el Apóstol con esperanza, diciendo: Porque no son comparables las aflicciones del tiempo presente con los bienes futuros que se manifestarán en nosotros (Rom. VIII, 18). Por lo cual también nosotros nos gloriamos más bien en nuestras debilidades, para que nos proteja el poder de Dios. Y ahora, que el Padre esté a nuestra derecha para que no nos movamos, trasladándonos después a su diestra, a las riquezas de nuestro Señor Jesucristo: a quien sea la gloria. Amén.

TRATADO DEL SALMO XXXI.

1. El Salmo de David, conocido por su entendimiento, señala la profecía que contiene. El Apóstol enseñó que el Nuevo Testamento sería anunciado por la vocación de los gentiles. En él, la fe sería justificada sin obras, y se prometía el perdón futuro de las iniquidades y el olvido de los pecados por la gracia gratuita de Dios: y para esto se manifiesta la razón. Pero vale la pena seguir todo el texto del salmo, en el cual se descubren los sentimientos del que canta. ¿Quién verá según la carne, las tentaciones que entran en la fe? Pues vio que eran bienaventurados aquellos cuya justicia no se contaba por las obras. Porque la ley entró para que se multiplicaran los pecados: y la ley produce ira: y donde no hay ley, tampoco hay transgresión. Por lo tanto, no sin razón será llamado bienaventurado aquel que no esté bajo la ley, sino más bien bajo la gracia.

2. Sin embargo, el tipo de fe que se requiere ha sido señalado por el salmista al decir, VERS. 2: Que no se halle engaño en su boca. Creo que ciertamente se busca a un hombre como aquel a quien el Señor alabó al venir a él, Nathanael; no como aquellos en Israel, a quienes Dios reprendió a través de los profetas: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí (Isaías XXIX, 13). No hay duda de que esto es engaño, tener una cosa en los labios y otra en el corazón. Así que bien dice David en otro salmo: Creí, por eso hablé (Salmo CXV, 10). Y el Apóstol explica: porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se hace confesión para salvación (Rom. X, 10). Así, si en el corazón se cree lo que los labios confiesan, no se hallará engaño en su boca. Pero si alguien honra a Dios con los labios, y su corazón se encuentra lejos de Él; hay engaño en su boca, lo cual se nota especialmente en el tiempo en que seguimos las doctrinas de los hombres y nuestros propios consejos, rechazando los mandamientos de Dios. Pues está escrito: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos (Isaías XXIX, 13). Me adoran siguiendo mandamientos y doctrinas de hombres (Mateo XV, 7). Así también el Señor en el Evangelio llama hipócritas a los doctores de la ley, que pasan por alto la voluntad de Dios y establecen sus propios consejos. Todo hipócrita es un simulador y engañoso. Y ciertamente es un engaño manifiesto prometer fe a

Dios y creer en los consejos humanos. Sin embargo, estos hombres no pueden perdonar iniquidades ni cubrir pecados; porque ponen su salvación más en los consejos de los hombres que en la ayuda de Dios. Finalmente, el profeta señala su propia tentación en la vacilación de la fe; y como castigándose a sí mismo, advierte a otros lo que deben evitar, diciendo: cuando la mano de Dios fue pesada sobre él, es decir, perseverando en muchas tentaciones, clamó a Dios, pero no perseveró en su clamor: sino que finalmente calló, y por su silencio sus huesos se envejecieron rápidamente.

3. Sin embargo, ¿qué debemos considerar espiritualmente sobre los huesos? Lo hemos señalado frecuentemente: así como los huesos son el sostén y la fortaleza del cuerpo, también la paciencia es el sostén y la fortaleza de nuestra mente. Así, aquel que no pudo perseverar hacia Dios bajo la mano pesada de Dios, sino que desfalleció y guardó silencio, con razón dice que sus huesos se han envejecido: es decir, que su paciencia ha envejecido. Toda vejez trae consigo debilidad. Por lo tanto, es evidente que su paciencia se ha debilitado. Y propiamente ha dicho que se ha envejecido, es decir, ha regresado a la antigua impaciencia: pues el hombre nuevo y el nuevo nacimiento poseen una paciencia perseverante; de ahí que el Apóstol diga: La tribulación produce paciencia, la paciencia prueba, la prueba esperanza; y la esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones (Rom. V, 3). Así que, porque en el hombre nuevo el amor de Dios ha sido derramado en el corazón por el Espíritu Santo que clama: Abba, Padre; con razón su paciencia es perseverante, para que pueda decir: ¿Quién me separará del amor de Dios? ¿Tribulación, angustia, desnudez, hambre, espada? (Rom. VIII, 35). Pero aquel que desfalleció clamando y esperando en Dios, bendice porque sus huesos se han envejecido; lo que significa que han regresado a la antigua impaciencia, al faltar el amor del nuevo nacimiento, que nunca desespera del Padre.

4. ¿Qué enseña entonces? Que esta es para nosotros una promesa fiel: que si la iniquidad o la obra del pecado, aunque la mano del Señor se haya hecho pesada sobre nosotros y nos haya cargado con muchas tentaciones, nuestro clamor a Dios no debe cesar. ¿Qué sucede si guardamos silencio? Que volvemos a los antiguos pensamientos, buscando remedio en nuestros propios consejos, aplicando cuidados y preocupaciones, y abandonando la esperanza que viene de Dios, que es más firme que todos nuestros pensamientos. Y el profeta, notando esto como una tentación, canta en los versículos 3 y 4: "Porque callé, se envejecieron todos mis huesos; mientras clamaba todo el día y la noche, se agravó sobre mí tu mano." ¿Y qué dice finalmente? "Me convertí en miseria, mientras se me clavaba una espina." Por lo tanto, indica claramente que, debido a este vicio de dejar de clamar a Dios y de esperar en Él durante las tentaciones, al suceder el silencio y la taciturnidad, se ha entregado a los pensamientos, cuidados y preocupaciones de su vida, y por ello se ha convertido en miseria, dejando la esperanza del auxilio de Dios: y significativamente dice que se le ha clavado una espina. Porque en el Evangelio el Señor enseña que las espinas son los cuidados y preocupaciones del sustento, con los cuales se ahoga la palabra: o como este profeta dice que la espina, es decir, el cuidado y la preocupación de la vida, se le ha clavado desde que guardó silencio y dejó de clamar a Dios, por lo cual confiesa que se ha convertido en miseria. Y puesto que estos cuidados y preocupaciones mundanas frecuentemente se infiltran en nuestras almas, incluso cuando no se les presta atención; "Hazme conocer mi pecado," dice.

5. Y separó, distinguiendo la iniquidad del pecado; porque la iniquidad no puede ser desconocida de ninguna manera. La significación de esta palabra es más adecuada en griego. Lllaman "ansdayan", por lo cual se significa el tiempo en que el mundo vivió sin ley, cuando aún en la vida pagana no conocía a Dios. Todos los que se convierten al Señor deben confesar

que la vida del tiempo anterior era condenable. Pero ya que definimos el nombre del pecado en aquello en lo que uno entra en preocupaciones y ansiedades y pensamientos de sustento, que son tan numerosas y variadas, y cuyas imágenes incluso a los buenos les ocurren con frecuencia sin querer; ¿quién puede descubrirlo en su propia vigilancia? Por lo tanto, sobre esto el profeta bien busca ayuda de Dios diciendo, VERS. 5: Hazme conocer mi pecado, Señor. Y en esto encontramos que el nombre del pecado desde el principio del mundo y si discernimos la misma transgresión del primer hombre, se manifiesta claramente. Pero sobre esto sería largo de perseguir; sin embargo, los sentidos que distinguen entre pecado e iniquidad también se manifiestan a los que los persiguen. Porque sobre el pecado pide que le sea conocido; pero sobre la iniquidad dice que no la ocultó a sí mismo. Porque aquello, ya que no era sin el conocimiento del hombre, requería en él la medicina de la humildad para anunciarlo y confesarlo al Señor. Pero el pecado, cuya variedad incluso al ignorante podía sorprender, cuya multitud podía engañar y ocultarse, pidió que le fuera conocido. Finalmente perseveró en la significación de la palabra; y porque separaba la iniquidad del pecado, dijo: Yo, dice, anunciaré contra mí mi iniquidad, Señor. Así que aquí no diré mi pecado, Señor, sino mi iniquidad. Porque no podía anunciar el pecado, cuyo conocimiento buscaba del Señor. Pero la iniquidad que tenía en su conciencia, esta, dice, la anunciaré contra mí ante el Señor. Porque para la iniquidad no hay otra medicina que la confesión a Dios. Porque hacemos ignorante lo que el Señor hace conocido, cuando el reconocimiento de ello ha hecho la conversión, y es necesario que siga el arrepentimiento. Así, después de esta iniquidad, si la confiesa ante el Señor, y la anuncia contra sí mismo, es decir, hecho acusador de sí mismo, redimirá la impiedad de su corazón. Y aquí con prudente razón dice: Dije: anunciaré contra mí mi iniquidad, Señor; y tú perdonaste la impiedad de mi corazón. Finalmente, quien no confiesa su iniquidad al Señor, recibe la soberbia contra el Señor, y así adquiere impiedad. Porque no reconoce al Señor como padre de toda criatura. En cambio, el profeta llama humilde a quien confiesa, y por esto suplica el crimen de impiedad, lo cual es ciertamente contrario al soberbio.

6. Por esto, dice, el humilde y justo te suplicará en el momento adecuado. Hay, por tanto, un tiempo en el que no es adecuado que el justo se acerque al Señor. El mismo profeta enseña en lo siguiente diciendo, VERS. 6: Sin embargo, en el diluvio de muchas aguas no se acercarán a él. Por lo tanto, en el diluvio de muchas aguas no es el momento adecuado para que el justo se acerque al Señor; pues no es propio del hombre justo dar audacia a su alma, como también dice la ley: No darás audacia a tu alma. Si alguien busca al Señor en los profundos y altísimos misterios, que examine todos sus juicios: y si acaso piensa que puede soportar todos sus frutos (o flujos), no será este hombre justo, ni intentará acercarse útilmente en el diluvio de muchas aguas y buscar al Señor; porque en la exaltación de su sabiduría, habrá intentado tocar los secretos profundos de Él. Así también el apóstol Pablo: Y para que no me exaltara por la multitud de las revelaciones, se me dio un aguijón en la carne, un ángel de Satanás que me abofetee: por lo cual tres veces rogué al Señor: y se me dijo: Mi gracia te basta: porque mi poder se perfecciona en la debilidad (II Cor. XII, 7-9). Así que también este profeta, después de haber dicho que los justos y humildes en el diluvio de muchas aguas no se acercarán al Señor, muestra en qué momento el Señor debe ser buscado, VERS. 7: Tú eres, dice, mi refugio de la tribulación que me rodea. Y aquí, por tanto, se gloria más en las debilidades, para que lo proteja el poder de Dios, como dice Pablo: Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que me cubra el poder de Cristo (Ibid. 9). Finalmente, añadió: Mi exaltación, líbrame de los que me rodean. Llama al Señor su exaltación: porque no se gloríe el sabio en su sabiduría, ni el fuerte en su fortaleza; sino que cada uno se gloríe en esto, en que conoce y teme al Señor. Mi exaltación, por tanto, líbrame de los que me rodean.

7. VERS. 8. Entenderé y me uniré a ti en este camino por el cual caminarás: fijaré mis ojos en ti. Sigue el mandamiento que se ordena: Caminarás tras el Señor tu Dios. Y esto es un hombre fiel, no elegir su propio camino, sino seguir el camino que el Señor muestra, considerar recto lo que Él ha mandado. Finalmente dice: Fijaré mis ojos en ti; para que no vean otro camino, sino el que el Señor dirige: lo que dice en otro salmo de manera más clara: Como los ojos de la sierva en las manos de su señora, así nuestros ojos en el Señor nuestro (Salmo 122, 2); es decir, no que nosotros mismos nos dirijamos a la verdad; sino que el Señor dirige nuestros ojos, en cuyas manos deben estar; y porque está en su poder, donde abra nuestra visión, donde la cierre.

8. Pero si alguien no se acerca voluntariamente a este refugio de Dios, aprendamos cómo el profeta castiga a tal persona, a quién la compara y qué prohíbe. "No os hagáis," dice, "como el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento." El hombre obedece a la palabra y escucha la voz. Pero a aquellos a quienes se les puede decir: "Busqué y no hubo hombre, llamé y no hubo quien respondiera" (Isaías LXIII, 5); estos son como el caballo y el mulo: deben ser forzados con freno y brida a ir donde no quieren. Por eso el justo pide que el cuello rígido y las mandíbulas duras sean suavizadas con tormento y violencia. Y el profeta, con benevolencia, no quiere que sean abandonados a su dureza, cualquiera que no se acerque voluntariamente al Señor: sino que más bien solicita que sean llevados por cualquier medio de castigo, con tal de que sean salvados. Así pues, dice: "Con freno y brida conduce sus mandíbulas, los que no se acercan a ti."

9. VERS. 9. Muchas son las heridas del pecador. Porque a través de ellas el Señor forja la salvación de los pecadores: infligiendo golpes y tribulaciones, educa la soberbia de los pecadores para que aprendan a temer. Pero al que espera en el Señor, la misericordia lo rodeará. Pues no necesita ser guiado ni con freno ni con bozal, ni reprendido con azote para acercarse, aquel cuya esperanza está siempre en la ayuda de Dios. Por lo tanto, su misericordia está cerca de él. Por eso, como dice el profeta, VERS. 11: Alégrense en el Señor, y exulten justos, y regocíjense todos los rectos de corazón. Por Jesucristo nuestro Señor, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

TRATADO DEL SALMO XLI.

1. Considero que la disciplina de explicar debe ser generalmente observada en todos los salmos, de modo que primero se examine el título y se ajuste todo el salmo a él. Pues nadie es tan necio que, habiendo prometido hablar sobre el cedro, describa un roble; mucho menos el Espíritu de Dios, a quien creemos que habló por medio del profeta, señalaría una cosa en el título y diría otra en el cántico del salmo, como en el presente, donde David ciertamente cantó lo que debía ser entendido por los hijos de Coré (Núm. XVI, 8): pues así es la pre-titulación del salmo. Leemos que la sinagoga de Coré en tiempos de Moisés murmuró contra la ordenación de Dios, intentando usurpar y arrebatar para sí la suma del ministerio del sacerdocio que Aarón y sus hijos habían recibido según la voluntad de Dios. Este vicio de codicia lo nota el Apóstol y de alguna manera advierte al respecto: Así os digo por la gracia que me ha sido dada a todos vosotros, que no penséis de vosotros más de lo que debéis pensar (Rom. XII, 3); sino que cada uno piense según la medida de fe que el Señor ha impartido: Pues como en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función; así nosotros, siendo muchos, somos un solo cuerpo en Cristo, y cada uno miembros los unos de los otros, teniendo dones diferentes (Ibid. 4 - 6). Por lo tanto, a uno se le da el ministerio, a otro la profecía, a otro la virtud, a otro la palabra de doctrina. Pero si

alguien, queriendo pensar más de lo debido, excede la medida de la distribución del Señor, se encuentra en la necedad de Coré, y será llamado espiritualmente hijo de Coré: y a estos tales se les cantará el entendimiento, este salmo que enseña.

2. VERS. 2. Así como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así desea mi alma al Dios vivo. Pues creo que no sin razón se mencionan las fuentes de las aguas, cuando hubiera sido cercano decir, como el ciervo desea las aguas; pero prefirió nombrar las fuentes de las aguas, es decir, el origen y principio de las aguas; sabiendo, por la sabiduría espiritual que solo conoce las raíces de los árboles y las naturalezas de los animales, que incluso este animal mudo no desea cualquier agua cercana, sino las mismas fuentes de las aguas, buscando los principios más puros y limpios de los ríos. Con este ejemplo quiere advertirnos que también nosotros deseemos al mismo fuente de vida y sabiduría, el Señor, que es la cabeza de todos. Pues este es el único manantial del que se efectúan muchas divisiones de aguas espirituales, como curaciones, profecías, géneros de lenguas, ministerios, palabra de ciencia, palabra de doctrina. Pero tampoco deben ser deseados los modos de los cercanos de tal manera que, por emulación, contienda y discordias, descuidemos los deseos del mismo manantial. Lo descuidamos, en efecto, cada vez que no queremos mantener en paz y caridad la medida de su división y ordenación. Así, a semejanza de los hijos de Coré, cualquiera que se encuentre en esta soberbia será advertido por este salmo, para que entienda mejor hacia dónde debe dirigir su deseo, diciendo el justo: Así como el ciervo desea las fuentes de las aguas; así desea mi alma al Dios vivo.

3. VERS. 3. ¿Cuándo vendré y me presentaré ante la faz de Dios? Mis lágrimas han sido mi pan día y noche, mientras me dicen continuamente: ¿Dónde está tu Dios? Pero de esto mismo, ¿cuándo vendré y me presentaré?, se nos muestra que no es algo que se pueda obtener fácilmente; y a menos que nuestras lágrimas sean nuestro pan día y noche, de ninguna manera se llegará a la faz del Señor. Y el entendimiento de los hijos de Coré debe seguir el orden de la doctrina, para que sepa que es a través de muchas tribulaciones, aflicciones e impropiedades que se llega hasta la casa de Dios, para que no se ensalce en su soberbia, sabiendo que la virtud se prueba más en las debilidades, y para que no se apropie de la dignidad, porque el Apóstol dice: Tened en vosotros el mismo sentir que hubo en Cristo Jesús: quien, siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a lo que aferrarse; sino que se humilló, tomando forma de siervo, y hallado en condición de hombre. Se anonadó hasta la muerte, y muerte de cruz (Filipenses II, 5-8); en la cual, estando clavado, escuchó estos impropiedades: ¿Dónde está tu Dios?, cuando le decían reprochándole: Que venga y lo libere (Mateo XXVII, 43). Se enseña, por tanto, como dije, a la sinagoga de Coré, cuántas tribulaciones y lágrimas se requieren para acercarse a la casa: lágrimas que el profeta bellamente dice que fueron su pan, es decir, alimento para la vida eterna; y sigue el orden para que en lo siguiente diga:

4. VERS. 5. Estas cosas recuerdo, y derramé en mí mi alma, porque pasaré al lugar del tabernáculo admirable hasta la casa de Dios. Y ciertamente aquí creo que es necesario hablar un poco sobre el significado de la palabra, qué significa derramé. Dice que derramó su alma porque iba a pasar al lugar del tabernáculo hasta la casa de Dios. Las cosas buenas del espíritu son el tránsito hasta la casa de Dios. Derramar, por lo tanto, el alma, es una operación de buena esperanza: pero ¿qué sabemos de su significado común? porque todo lo que se derrama, se arroja y se pierde, y no está tan seguro como cuando se retiene en un recipiente. Esto es derramar, lo que tenías encerrado en algún lugar, verterlo afuera. Así, quien dijo, derramé mi alma, debe entenderse que no dijo otra cosa que arrojé y perdí y consideraré vil. ¿Cómo, entonces, arrojó y perdió, porque iba a pasar al lugar del tabernáculo hasta la casa de

Dios? a menos que tal vez haga manifiesto el precepto de Dios, quien dijo a sus discípulos: Quienquiera que salve su alma, la perderá; y quienquiera que la pierda, la salvará (Luc. XVII, 33). Y en verdad mantuvo el orden: pues cuando había hablado de las tribulaciones, ya que sus lágrimas se habían convertido en su pan día y noche, mientras se le decía cada día, ¿Dónde está tu Dios? Estas cosas, dice, recuerdo, y derramé en mí mi alma: en lo cual debe entenderse que no dijo otra cosa que arrojé y perdí y consideré vil. ¿Cómo, entonces, arrojó su alma a Dios? Pues el justo sabe que, siempre que sobrevienen tribulaciones y persecuciones e improperios por el nombre de Dios, el alma debe ser perdida, arrojada y considerada vil, para que sea salvada en el día del Señor; por lo tanto, aquí también muestra significativamente que no derramó su alma porque hubiera desesperado de la esperanza de la vida futura; sino que derramó su alma porque iba a pasar al lugar del tabernáculo admirable hasta la casa de Dios. Instruidos, pues, por este salmo, siempre que el enemigo nos persiga y nos reproche el nombre del Señor, derramemos nuestras almas ante Él, dispuestos a perderlas, para que las salvemos: no derramándolas porque desesperemos de la confianza en la ayuda de Dios; sino porque estamos seguros de que nos serán devueltas, y de que pasaremos al lugar del tabernáculo admirable hasta la casa de Dios.

5. Cualquiera que sea este lugar admirable del tabernáculo, en el cual habrá un tránsito hasta la casa de Dios, comencemos ya aquí a indagar. En los libros antiguos encontramos el tabernáculo hecho por Moisés para el Dios de Israel, en el cual se guardaba el arca del testamento (Éxodo XXVI, 1), y en este se celebraron todos los misterios, y aquí aparecieron primero ofreciendo sacrificios ante la faz de Dios, hasta que por Salomón fue edificada la casa de Dios, y el arca pasó del tabernáculo de pieles al templo construido con piedras: pero aquel tabernáculo que estuvo en el desierto, y aquellas pieles que antes cubrían el techo del templo, fueron admirables en su ministerio. Finalmente, en el Cantar de los Cantares, la esposa alaba así sus inicios: Negra soy y hermosa, hijas de Jerusalén, como el tabernáculo de Cedar, como las pieles de Salomón (Cantar I, 4). Y en otro salmo, aunque David deseaba los atrios del Señor, también alaba sus tabernáculos diciendo: ¡Cuán admirables, dice, Señor, anhela mi alma los atrios del Señor (Salmo LXXXIII, 2). En verdad, el tabernáculo de Dios es admirable; pero más deseable es la casa de Dios. Finalmente, el mismo David, ya con el reino de Israel en paz, mientras el arca de Dios permanecía en Silo bajo las pieles del tabernáculo, deseaba edificar la casa de Dios. Pero ¿qué le dice el profeta? No me edificarás casa (II Samuel VII, 7): no es de todos edificar la casa de Dios. Así que, como en mayores ascensiones, debemos hacer un tránsito en el lugar del tabernáculo, para llegar hasta la casa de Dios. Y se nos advierte con el ejemplo de Jerusalén, que no se edifica primero la casa del Señor, sino hasta que el enemigo y el pecado sean vencidos: pero sin embargo, estamos en el tabernáculo mientras se atraviesa el desierto, y se entra en la tierra del Jordán, el inicio de la herencia prometida, y se derrota a todo enemigo cananeo.

6. La diferencia entre la dignidad del tabernáculo y la de la casa radica en que en el tabernáculo no se habita permanentemente; en cambio, en la casa sí, como lo indica David en las ascensiones diciendo: Porque el Señor ha elegido a Sion, la ha deseado como morada para sí: este es mi descanso para siempre (Salmo 131, 13). Sin embargo, en el tabernáculo no hay descanso: debe ser movido en tiempos de guerra, cuando la nube que simbolizaba la presencia de Dios se alejaba de él. Esta similitud se puede aplicar a nosotros mientras peregrinamos en este cuerpo, para que con ecuanimidad venzamos todos sus vicios, de modo que ningún enemigo quede vivo o fuerte. Dios nos visitará también en el tabernáculo y en tiempos de paz; pero cuando surja la lucha contra los vicios, nuestro tabernáculo debe ser recogido y preparado para la expedición de guerra; no podrá ser desplegado ni disfrutar del descanso de Dios en el tiempo en que se produzca la interpelación de los vicios: y Dios te

precederá en la batalla, para que si caminas tras Él, derrotes fácilmente a tus enemigos, pero en ese tiempo no podrá habitar en ti. Así, aunque venzas, aunque superes los vicios de la carne, en el mismo conflicto ensucias tus manos con tu propia sangre. No serás apto en este tiempo para edificar la casa del Señor, como fue rechazado David que había obrado en sangre. Aquel que edifica la casa del Señor es quien entra en el descanso, quien no es perturbado por vicios, quien ha extinguido a todos sus enemigos, quien puede decir: Pero yo estoy crucificado para el mundo y el mundo para mí (Gálatas 6, 14); en quien todas las cosas viejas han pasado, y todo se ha hecho nuevo, como se refiere el reino de Salomón en figura de nosotros. Pero si en el curso de esta vida nadie se encuentra tan perfecto, que libre de toda interpelación del pecado pueda llegar a la casa de Dios: puedo, sin embargo, decir así, que pasaré al lugar del tabernáculo hasta la casa de Dios: es decir, en esta vida presente, mientras esté en este mundo, pasaré al lugar del tabernáculo; ya que diariamente se debe librar la lucha contra la carne y la sangre, contra las maldades espirituales. Pero cuando se disuelva la morada de este tabernáculo, como dice el Apóstol, y recibamos una casa no hecha por manos, sino eterna en los cielos; cuando nuestro cuerpo de humillación sea transformado a semejanza del cuerpo del Hijo de Dios: entonces llegaré a la casa de Dios, cuando pueda habitar en mí eternamente; y correctamente cantaré, porque pasaré al lugar del tabernáculo admirable hasta la casa de Dios.

7. Será, pues, este mi tránsito en voz de júbilo y confesión, sonido de festín. Y no es de extrañar que la sombra de los bienes futuros haya tenido la imagen de esta alegría, ya sea cuando David, trasladando el arca de Dios desde el tabernáculo de Silo, entraba en Jerusalén con coro y tambores celebrando el día festivo, o cuando Salomón, habiendo construido el templo, introdujo todo el ministerio con gran júbilo de los que cantaban y salmodiaban a Dios. No es de extrañar, digo, cuando cada uno de nosotros cambie este tabernáculo de su cuerpo por aquella casa no hecha por manos, sino eterna en los cielos, si su tránsito será en voz de júbilo y confesión, sonido de festín.

8. Por tanto, quien ha recibido esta esperanza, con razón ha interpelado la tristeza del alma diciendo, VERS. 6: ¿Por qué, alma mía, estás triste, y por qué me turbas? Espera en Dios, porque le alabaré, salvación de mi rostro y mi Dios. Y observa si no concuerda con el entendimiento que hemos seguido, que en tiempo de persecución y reproche del nombre de Dios, el justo consuele su alma con tal esperanza. ¿Por qué estás triste, alma mía, y por qué me turbas? Espera en Dios porque le alabaré. Pero ya que no es posible que, arrojando su alma a la muerte, no se turbe con alguna tristeza, pues el mismo Señor de todas las virtudes, el mismo príncipe de la fe, el mismo Hijo de Dios, quien antes de llegar al tiempo de la cruz hablaba con confianza diciendo: Nadie me quita la vida, tengo poder para ponerla y volverla a tomar (Juan 10, 18); sin embargo, en la hora cercana a la muerte, dijo: Mi alma está turbada hasta la muerte (Marcos 14, 34); y, Padre, si es posible, pase de mí este cáliz (Mateo 26, 39), y en el último gemido: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Mateo 27, 46). Así también este salmo, mostrando la imagen de la persecución en orden, cuántos conflictos y tribulaciones debe soportar el justo, por los cuales su fe debe ser probada y examinada; por eso dice, VERS. 7: Dios mío, mi alma está turbada en mí. ¿Quién es aquel cuya alma no se turba en tiempo de los que persiguen el nombre de Dios? Además de esa necesidad de la fragilidad humana, además de las trepidaciones corporales, hay una perturbación peculiar de la fe, cuando parece que los perseguidores del nombre de Dios crecen y dominan, y Dios no venga a sus siervos, ni socorre sus tribulaciones, ni extiende su poderosa diestra contra sus enemigos. Y por eso, ya que nadie en tal tiempo retiene el sentido de los juicios de Dios, es hermosa aquella exclamación del Señor: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Ibid.), con la cual muestra no entender la causa por la que ha sido abandonado. Y si aquel

maestro de sabiduría y narrador del Padre, el Hijo, se perturba así, hasta preguntar al Padre por qué lo ha abandonado; ¿qué harán los demás, por muy justos que sean, cuando las profundidades de los juicios de Dios les sobrevengan? Sin embargo, el salmo enseña qué debemos retener y hacer únicamente en estas perturbaciones. Pues todo hombre justo, cuando es tentado, cuando es atribulado, cuando está angustiado, cuando viene en perturbación de alma, aunque no entienda por qué le suceden estas cosas, no debe abandonar la fe, ni condenar la creencia, como enseñó el profeta diciendo: Por eso me acordaré de ti, Señor, desde la tierra del Jordán y del Hermón desde el monte pequeño. Pues porque mi alma está turbada en mí, por eso, dice, me acordaré de ti desde la tierra del Jordán y del Hermón. En la tierra del Jordán significa la entrada a la herencia prometida al pueblo de Israel. Y ya que nosotros, comparando lo espiritual con lo espiritual, consideramos la entrada a la herencia como la fe. Esta es la puerta de nuestras promesas. Así que, cuando el Profeta quiso encomendar el inicio de nuestra fe, nombró la tierra del Jordán y el monte Hermón. Así también en el Cantar de los Cantares donde se hizo la primera vocación de la Iglesia: Ven, dice, del Líbano, esposa; ven del Líbano, esposa; ven del Líbano (Cant. 4, 8): pasarás, y pasarás desde el inicio de la fe, desde la cumbre del Hermón. Y no se turbe nadie porque en este lugar también se nombra Sanir, siendo el mismo monte Sanir que Hermón, que la historia enseña que está situado en la tierra del Jordán por Moisés en el Deuteronomio. Y tomamos, dice, en aquel tiempo la tierra de manos de dos reyes amorreos, que estaban junto al Jordán, desde el torrente hasta Hermón Sanir (Deut. 3, 8). El amorreo lo llamó Sanir. Por tanto, la cumbre del Hermón que está en la tierra del Jordán, se llama inicio de la fe. Por eso allí se escucha primero al precursor Juan, y a Juan se le muestra primero Cristo: allí el Señor se llena del Espíritu Santo, allí se da testimonio de la voz del Padre: Este es mi hijo en quien me complazco (Mateo 3, 17). Aquí progresa el inicio de las virtudes, aquí el inicio de los signos que se cree que el Hijo de Dios realizó.

9. Con razón, por lo tanto, la cumbre del Hermón es llamada el inicio de la fe: de donde debemos recordar que nuestro Dios es la salvación de nuestro rostro, cada vez que nuestra alma se turba en las tentaciones. En efecto, el inicio de la fe es la simple credulidad primera, por la cual entramos en el camino hacia la fe en Dios a través de Jesucristo. La sabiduría, sin embargo, se busca entre los perfectos (I Cor. II, 6): cuáles son las variedades de los juicios de Dios, cuáles las profundidades de sus pensamientos. Así, aunque en tiempos de persecuciones, en la perturbación de la muerte inminente, la sabiduría falle, no se abandone el inicio de la fe: sino que al menos con esa simple y desnuda credulidad recordemos a Dios, sabiendo que el enemigo no tiene poder sobre nosotros, salvo lo que se le permite. No abusemos, sin embargo, de la jactancia de la mujer insensata, que dijo: ¿Dónde están las obras de justicia de Dios? Job, ¿de qué sirvió el temor del Señor? (Job. XXII, 3). Pero cada vez que este pensamiento venga en esta perturbación, será justo, según la enseñanza de este salmo, decir: Dios mío, mi alma está turbada; por eso te recordaré desde la tierra del Jordán y del Hermón, desde el monte pequeño. Por lo tanto, también añade significativamente al monte Hermón la denominación de pequeño: el inicio de la fe es un monte pequeño, y al cual muchas ascensiones llevan hasta el reino de los cielos a través de las injurias, las ofensas, las tribulaciones, a través de la muerte de cruz, creer en Dios es el primer ascenso: pues cada vez que en esa cumbre amarguísima de la cruz mi alma se turba desde el inicio de la fe, desde el monte pequeño; recordaré, Señor, que tú eres la salvación de mi rostro.

10. El abismo llama al abismo a la voz de tus cascadas, es decir, las olas de la tentación de Dios, por la cual la tierra sufrirá: porque, ¿quién conoce las alturas de sus pensamientos y juicios? El diluvio es el sentido del Señor, cuya magnitud el justo deseaba mostrar, ya que

hablaba de sus tribulaciones: El abismo, dice en el VERS. 8, llama al abismo a la voz de sus cascadas.

11. Todas tus alturas y tus olas han pasado sobre mí. Explica la razón por la cual su alma está turbada: pues un abismo llama a otro abismo con la voz de tus cataratas. Ya hemos hablado antes sobre lo que creemos que es un abismo; sin embargo, damos razón de lo que el profeta dice sobre esto: Tus juicios, Señor, son un abismo inmenso (Salmo 35, 7): pues es un gran profundo en las alturas de los juicios de Dios, como si en nosotros tan frecuentemente los juicios siguieran a los juicios para que la carne emerja, ¿qué carne soportará? Mira al apóstol, aunque trataba en paz, sin embargo, al contemplar el misterio de Dios, perturbado exclama: ¡Oh profundidad de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán inescrutables son sus juicios, cuán ininvestigables sus caminos! (Rom. 11, 33). Esta altura del corazón de Dios se llama correctamente abismo, cuyo profundo nadie conoce: pues hay muchas alturas, donde no hay fin. Y con razón aquí el abismo nos llama a otro abismo con la voz de tus cataratas. Establezcamos ciertas especies de abismos, para que el tratado brille más. He aquí que el Hijo de Dios, viniendo con muchos signos y virtudes, cura diversas enfermedades de muchos, y es acusado de hacer sanidades. ¿Quién ha oído mal de quien ha hecho bien? Y el Padre permite tan impía contumelia de su Hijo: he aquí un abismo. Se construyen los juicios de Dios, se preparan falsos testigos como si fueran contra un blasfemo e irreligioso, siendo él el único verdadero testigo de Dios: y los impíos dan testimonio, y obtienen la causa: he aquí otro abismo que sigue al anterior. Es abofeteado, flagelado, vestido de manera ridícula, el enemigo se regocija y se burla, toda la impiedad pasa largamente sobre el Hijo de Dios: he aquí ya un tercer abismo es convocado, el Señor es condenado en la cruz de la gloria, es contado entre ladrones e impíos. Mira cuántos juicios sigue el abismo, para que con razón se pueda decir de esto: Todas tus alturas y tus olas han pasado sobre mí.

12. Y aquí ya considero que se ha dicho lo suficiente. Pero para que nadie piense que hemos pasado por alto algo por descuido, mencionemos brevemente qué significa lo que dice: En la voz de tus cataratas, un abismo llama a otro abismo. Estas cataratas visibles de agua ciertamente tienen sus voces, porque es necesario que las corrientes de los ríos suenen y hagan ruido. Y cada vez que los ríos surgen de un lago infinito de estanques o fuentes, cuyo profundo no puede agotarse ni vaciarse, se dice acertadamente de ellos que un abismo llama a otro abismo en la voz de las cataratas. Pero debemos recordar de qué abismos habla el profeta, de los cuales también hemos hablado anteriormente. Por lo tanto, también debemos conocer las cataratas de estos: encontramos que todas las manifestaciones de los juicios de Dios resonaron a través de las voces de los profetas, las cuales creo que aquí se llaman cataratas. Un abismo llama a otro abismo en la voz de las cataratas. Después de la predicación de los profetas, siguieron los juicios de Dios, y como si se llamaran en aquella voz que había precedido para que la siguieran. La voz de la catarata fue: Oprimamos al justo porque nos es inútil, y es contrario a nuestras obras, y se llama a sí mismo Hijo de Dios (Sab. II, 12). Otra voz de la catarata es: Como oveja fue llevado al matadero, y como cordero ante el que lo trasquila, no abrió su boca (Isa. LIII, 7). Y hay otra voz: Horadaron mis manos y mis pies, contaron todos mis huesos (Sal. XXI, 17). Y está aquella voz: Repartieron mis vestiduras, y sobre mi ropa echaron suertes (Ibid. 19): y en mi sed me dieron a beber vinagre (Sal. LXVIII, 22). ¿Y qué necesidad hay ahora de referir todas las voces de las cataratas, cuando los libros de los profetas están llenos de las injurias y la pasión del Señor? Por lo tanto, ya que la fe en los hechos también siguió a todas las predicaciones, en esta voz de las cataratas un abismo llamó a otro abismo, para que los efectos completaran sus sonidos. Así que, porque el profeta hablaba de tales abismos, oportunamente añade diciendo:

13. VERS. 9 y 10. Durante el día el Señor mandó su misericordia, y por la noche la manifestó: mi oración está ante Dios de mi vida: diré a Dios, tú eres mi protector, ¿por qué me has olvidado? Da, evidentemente, doctrina y consuelo a todos los justos, para que si, cubiertos por las muchas olas de tentaciones, sufren perturbación de los sentidos, lo cual se llama noche de oscuridad de los ojos; recuerden que siempre en esta noche se manifiesta la poderosa misericordia de Dios, a menos que sea tiempo de causa para tener misericordia. Pero cuando llegamos al peligro, y la perturbación por la desesperación de la vida crea una cierta noche en nuestro corazón, entonces si podemos decir: Mi oración está ante mi Dios: diré, tú eres mi protector, ¿por qué me has abandonado? Esto, por tanto, debe mantenerse en la noche; y cuando los demás sentidos se perturban, no debe faltar que clamemos al Señor: ¿por qué me has abandonado? de lo cual hemos tratado antes: porque aunque no entendamos la causa de los juicios de Dios por los cuales nos deja en algunas tentaciones; no debemos dejar de suplicarle misericordia.

14. ¿Por qué, dice, ando triste mientras me aflige el enemigo, VERS. 11, y quebranta mis huesos? Esta, por tanto, será siempre también en la noche la oración del justo. Pero lo que dice: Quebranta mis huesos: no se debe entender, ciertamente, como una muerte cercana; sino porque aquí, en la tribulación, se quebrantaba su paciencia, que es el sostén y la fortaleza de nuestra mente, así como los huesos lo son del cuerpo: llamó huesos a la paciencia, que se quebranta con las tribulaciones continuas: mientras quebranta, dice, mis huesos, me reprochaban los que me afligían, cuando decían cada día: ¿Dónde está tu Dios? Pero aunque el justo sienta esta mano pesada, enseña qué es necesario hacer y qué remedio se debe obtener en las persecuciones, diciendo, VERS. 12: ¿Por qué estás triste, alma mía, por qué me perturbas? Espera en Dios, porque le confesaré, salvación de mi rostro y mi Dios. Con este ejemplo propuesto para nosotros, si alguna aflicción, si alguna opresión, si algún reproche por el nombre de Dios viniera sobre nosotros, si nuestra alma estuviera triste, si se perturbara, digamos: Espera en Dios, porque le confesaré, con la protección de Jesucristo nuestro Señor, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.